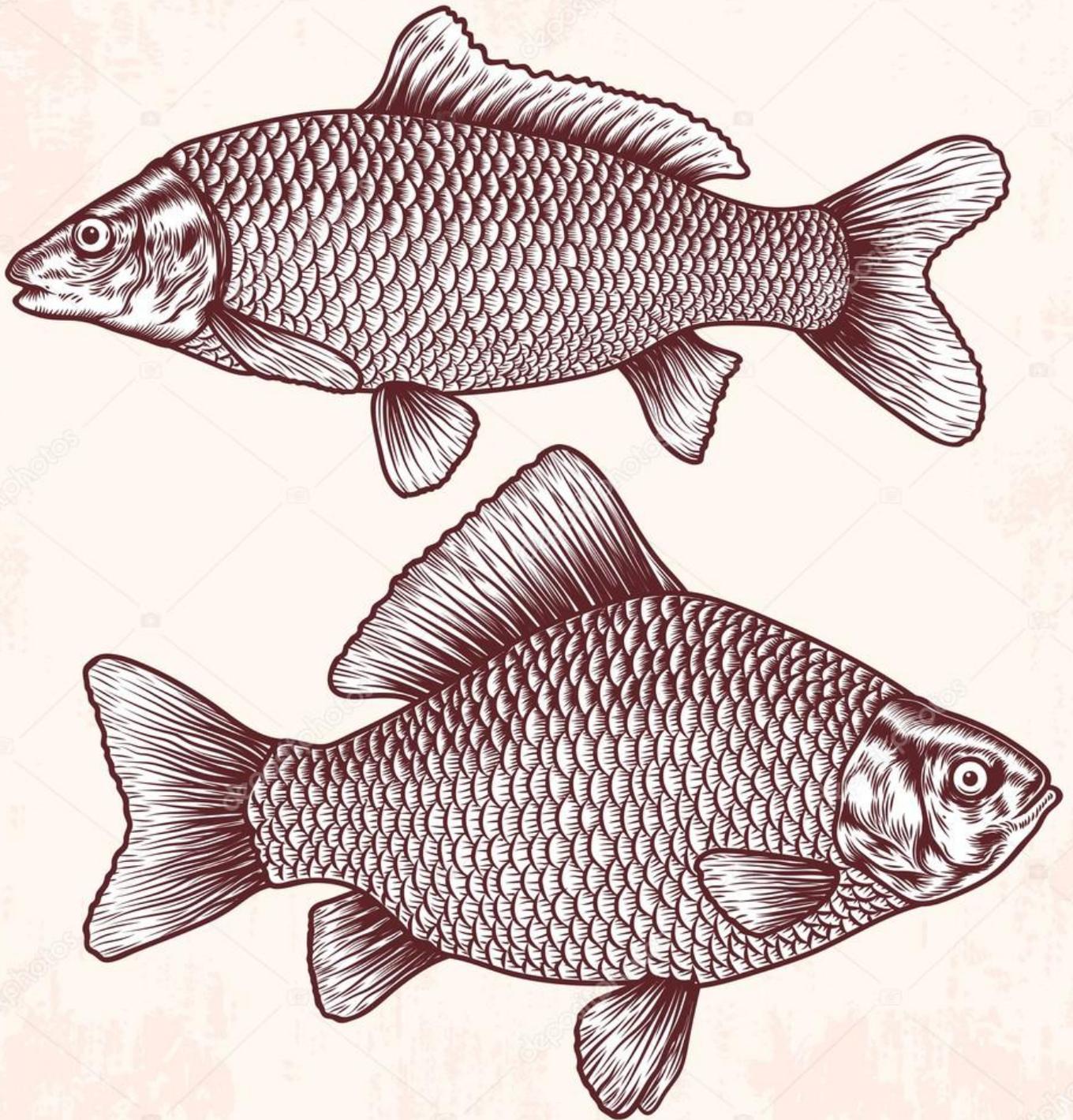


# Fragmentos de su realidad

Federico Manzanare



## Capítulo 1

*"De un cuento así se sale como  
de un acto de amor, agotado y fuera del mundo  
circundante , al que se vuelve poco a poco con  
una mirada de sorpresa, de lento reconocimiento,  
muchas veces de alivio, y tantas otras de resignación."*

*Del cuento breve y sus alrededores.*

*El último round vol.1- Julio Cortázar.*

Querida María: sé que no hablamos desde aquel jueves por la tarde, en el que me fui apurado en un taxi del apartamento, pensando que regresaría al poco tiempo, como solíamos hacer cualquiera de nosotros aquellos días del grupo de teatro en la salita cooperativa. Creo que nunca alcance a explicarte lo que corría por mi mente, cuando la idea de marcharme me inundaba el corazón, creo que nunca alcance a entender que fue lo que pasó en el instante que comprendí; que ya no me verías volver. Cuidado, con esto no quiero que me malinterpretes, y creas que ese día, dándole la larga espalda al ruinoso pasillo que solía llevarnos (o me, o no), hasta la pequeña guarida donde podíamos despertar juntos, en contra de cualquier predicción o resistencia de la vida, no quiero que creas que justo después de besar finamente tu frente y repetir casi rutinariamente "al tiempo regreso", haya notado que esa; iba a ser la última vez que mis labios se sintieran vivos. Con esto no quiero que creas que la decisión de irme se me presentó explícita y real, como un final inevitable, rotundo y percedero. De haber sido así, realmente te hubiera abrazado más fuerte en esas jornadas de camuflada despedida. Todo lo contrario, hoy por hoy en retrospectiva, pudiendo entender cuando empezó el dolido final, tengo la certeza de saber que nunca supe qué era lo que estaba pasando. *Sorpres*a, característica casi infalible de los finales, que obliga al tonto humano a recaer en los viciosos juegos del presente y la memoria. Que hubiera memorizado su textura, que hubiera aprendido a la perfección la comisura de su boca (con sabores y todo), que si hubiera sabido antes. Siempre irreal e imposible al final, pero él hecho de no haberlo si quiera intentado, era una prueba concreta de que yo tampoco sabía lo que estaba pasando. De todas maneras aún hoy no lo sé, y tampoco escribía para explicarte, aunque crea que los dos merecemos esa explicación.

Te escribo más que nada porque así se dio, casi sin querer, cómo todo lo que pasa en estas vidas. Cómo tú bien dirías, "no lo sé, sólo pasó". Creo que una de estas madrugadas no soñé con vos, y eso puede haber llamado mi atención. Ya debes saber (por Manu, o porque lo has leído en el sobre) que te escribo desde Santa Cruz (no llegué Camboya) o para ser más preciso, desde la habitación que rento por \$420 semanales, en el fondo del jardín de una casa bastante antigua, en una calle angosta de la *Estancia la Herradura*, a unas dos horas en transporte público del *Puerto deseado*, donde mi tarea consiste en vaciar buques pesqueros y llenar camiones con grandes cámaras frigoríficas de todo tipo de alimañas subacuáticas, siempre viscosas y mal olientes, siempre clasificadas y desarenadas. De las jornadas, los compañeros, la carga y la paga, nunca se puede saber mucho hasta comenzar el trabajo. Hay días en los que se trabaja sin pausa para fumar, comer, o si quiera beber un sorbo de whisky (tan necesario en ciertas latitudes del mapa y de la vida) desde las oscuras cuatro y cuarenta en la madrugada hasta las ventosas veinte horas. Y hay otros en que los barcos salen por largas horas y regresan cargados de marineros enfadados, y vacíos de dinero en carne de pescado muerta. Esos días los estibadores debemos pelear entre nosotros por el derecho a llenar un canasto. Se cobra por kilo subido al camión, y mucha gente se vale de esto para que sus hijos puedan comer. Todas las mañanas hay decenas de nuevos concursantes, algunos más duros que otros, y todas las mañanas dejamos de ver a varios, cómo ese día en que mi estimado amigo Tito, cargado con un canasto de setenta y ocho kilogramos de langostinos, y a metro y medio de entrar al camión del *Frigorífico del Sur*, observó cómo pasaba un perro culimeneante con un salmón de mar entre sus dientes, y después de bacilar una milésima de segundo, arrojó el cajón al piso y se perdió tras su cuadrúpedo amigo sin voltearse si quiera una sóla vez. Nunca volvimos a saber de él. O como aquella otra vez en que uno de los conductores regresó a las apuradas del baño portátil que sólo podían usar los choferes, iba con el celular en la mano y cara preocupada. Cuando cerró sin completar el formulario de partida el cargamento de su camión y se fue, todos los que alcanzamos a verlo, supusimos que debía haber surgido un grave inconveniente, y que si completaba el formulario iba a tener que admitir que la carga estaba incompleta, y no podría retirarse. Cómo sea nadie alcanzó a suponer, hasta el día siguiente cuando apareció el hombre del seguro, que Julián, el correntino de 17 años que había comenzado a trabajar hacía cuatro días y soñaba con ser biólogo marino, aún estaba adentro de la cámara cuando el chofer Martínez salió sin autorización del puerto para encontrarse en un ranchito a unos cuarenta minutos del puerto con su amante. Las cámaras pueden alcanzar los treinta grados bajo cero. El cuerpo de Julián lo encontraron posiblemente tres horas después. Algunos de los choferes que nos tienen algo de confianza, nos dijeron que tuvieron que arrancarle de las manos el formulario de partida, al parecer cuando Juli notó que el camión estaba completo, buscó el papel y volvió a entrar para ahorrarle

un trabajo al chofer.

De todas maneras, lo que nunca cambia son las nubes y el viento, las gotas finas de agua de mar pegándose en las manos rosas y violetas de frío, como intentando recordarme las flores de aquella primavera en el camping de los pescadores, donde pasamos toda la noche fuera de nuestras carpas mirando un cielo infinito de estrellas y destinos sólo para nosotros. Lo que nunca cambia son los labios salados ( de mares o lágrima), lo que no cambia son los gritos del patrón que ya casi nunca escucho, y el silencio ensordecedor de la habitación por las noches, la negra Sosa por las mañanas; los días que el puerto permanece cerrado por alerta climática. Ya no cambian las frases que me digo cuando alzo la única taza que tengo al sonido de salud; en la soledad de mi habitación, aunque si cambia de cuando en cuando la bebida que la rellena.

El cuarto es prolijo y bastante modesto, aunque por sobre todo frío. Por suerte mi casera, una malhumorada pero servicial ancianita desarrolló una curiosa fascinación por los ponchos y frazadas de lana de alpaca, y accede a prestarme cuantos quiera siempre y cuando no los saque de la propiedad ni baraje naipes españoles mientras los esté usando (en cuanto a cigarrillos, bebidas y alimentos no hizo mención alguna). Mi habitación tiene además una cómoda con seis cajones, de los que sólo pude llenar dos, y sobre ella un pequeño anafe con una ollita; con la que caliento el agua para el café, el mate, el arroz o los fideos. Tengo también un sartén muy tiznado donde a veces tuesto el pan o doro un puñado de mariscos que logro ocultar entre la ropa cuando algún capitán descuida el descargue. Sobre la pared mas retirada, a mi izquierda cuando me recuesto en el catre (todo el tiempo), hay una improvisada abertura, con un biombo que separa el cuarto del cubículo del baño, hecho con placas de fino fibrocemento. El mobiliario del sanitario es el imprescindible, y en tamaño miniatura, la taza no tiene tapa, la mochila no tiene cadena por lo que hay que mojarse la mano para soltar el agua. Tiene un espejo del tamaño de la palma de mi mano ( es más que suficiente) y una curiosísima bañera de 60x60cm en forma de bowl, donde hace unos días una pequeña ratita quedó atrapada. No sé bien si por falta de interés o cobardía, pero nunca la pude sacar. El pequeño roedor sigue ahí, ya muerto de frío o de hambre, muerto de haber esperado sin éxito que algo lo arranque de su realidad, de su trampa mortal de mármol con forma de embudo, que la mano de algún dios o algún gigante lo agarre por la cola y lo arroje afuera, de vuelta a las cloacas. Es casi tan curiosa cómo la bañera, la similitud que veo entre la lauchita, inmóvil desde hace ya algunos días y la imagen que tengo de Juli duro, posiblemente sentado sobre su propio canasto en aquella trampa mortal que no sería de mármol, pero sí era dura, terriblemente fría, y tampoco tenía escapatoria. Si bien el cuerpo humano aguanta menos de una hora dentro de una de estas cámaras frigoríficas, en el momento en que el chofer cerró la puerta, nuestro pequeño correntino pudo conocer el infinito. En un instante, el mundo de Julián se redujo a un frío infinito, rodeado por una oscuridad

infinita, en un cubículo de 20x2x4m de hielo, y por un instante, debe haber pensado que sólo debía abrir la puerta, a los pocos segundos haber notado que era imposible desde adentro, y entrado en pánico. Haber gritado y golpeado tan fuerte cómo se lo permitiesen sus músculos, creyendo que es imposible que no lo oigan. Luego debe haber sentido como el camión se ponía en marcha y a pesar de sus gritos y golpes, recorría un trayecto, y ya no lo escucharían. Posiblemente supiera que no podría soportar una hora, y ninguno de nosotros después de un sólo viaje en colectivo al puerto podía ignorar que el pueblo más cercano estaba a poco menos de una hora, y que los camiones no se detenían ahí. Todo esto en menos de dos minutos. Un golpe de puerta, oscuridad, un minuto para el pánico, y conocer el infinito de lleno, resignarse, y sentarse a esperar que la mano de un gigante o un dios, saque esa rata de la bañera o abra el camión frigorífico, sentarse a esperar y que nada pase. Y tal vez es eso lo que hacemos todos, tal vez estamos sentados, esperando que alguna mano nos arranque de la trampa mortal en la que estamos metidos. Tal vez vos para mí seas cómo el ruido de esa mano, buscando algo para sacarme de ahí, que me hace levantarme y creer que podemos salvarnos, tal vez sólo te estabas mirando al espejo y nunca notaste que estoy atrapado en la resbalosa bañera . Al fin y al cabo todos esperamos algo, y yo nunca pude sacarte de tus trampas. También tengo un pequeño lavamanos.

En la habitación sólo tengo luz hasta las diez de la noche, por lo que he vuelto a la sana y pacífica costumbre de usar velas para escribir o leer, cuando algún recuerdo le gana en batalla al sueño. La luz anaranjada y viva me hace pensar tanto en los meses que estuvimos sin pagar a la compañía eléctrica y vino un hombre enojado y gordo a llevarse el medidor, y vos que tenías vergüenza y estabas furiosa. Y los dos que éramos tan jóvenes queriendo crecer, y uno necesita tan poco para vivir cuando es joven queriendo crecer y no lo sabe. Y las velas re-usadas con la técnica de la tía Delia, y la luz anaranjada chorreando sobre tu cara mientras le escribís alguna noticia inventada a tu vieja para que se quede más tranquila, y yo rabiando, porque en penumbras no encuentro el libro de Rolón que me recomendaste y nunca te pedí. Se estaba tan bien ahí, y creo que nunca te lo dije, o no lo notaste porque siempre estaba rabiando por algo, y después me fui sin decir nada, pero sí que se estaba bien. Cada momento encerrando un poco de perfección y de eternidad, vos volviendo simpática y silenciosa a la cama, llamándome, que me querés contar lo que le dijiste a tu vieja, que no me recibís la galleta de agua con picadillo porque necesitas las dos manos para contarme lo que hizo el boludo del Gabriel para arruinar el día, que lo odiamos, que terminamos las galletas entre sorbos de vino ya un poco avinagrado (por suerte es el final de la botella), que fumamos la mitad que habíamos dejado para más tarde, que me rosabas con un dedo los contornos de mi cara, como si supieras que un día me iría y necesitarías dibujarme en la oscuridad con tu memoria. Que me mirabas como si en mi realmente hubiera algo especial, realmente único, que nunca nadie me había mirado así. Que

apagamos la última vela y nos dormimos entre dos besos y olor a hogar. Realmente se estaba tan bien.

En el pueblo hay un agradable almacén, que me provee de toda la mercadería que necesito, y que suele reducirse a papel de cocina, fideos, vino tinto, arroz, café, yerba mate, velas, encendedores, papel de liar, y algunos artículos de limpieza. Además cada viernes por la noche preparan deliciosas paellas caseras, que venden por muy módicos precios acompañadas con una humeante porción de pan de campo, y suelen ser un merecidísimo premio a un simbólico fin de jornada exitoso (el puerto no cierra los fines de semana, sólo cuando el clima lo hace inevitable), y entre todos compramos el vino, que no es de la calidad que bebíamos en casa pero igual tiene guardado todos tus sabores en cada copa vacía, que sigue siendo hace ya tiempo vaso (pareciera que no han llegado las copas a este pueblo de cazuelas del demonio). Y por un momento bebemos el vino en compañía, y olvidamos que estamos solos, y llenamos nuestras bocas y nuestros estómagos, y el tiempo parece desaparecer por un tiempo, y ya no hay velas, ni bañeras, ni cámaras frigoríficas, ya tampoco está el Tito ni el pasado, ni el pasillo ruinoso, obviamente no está Julián, (vos estás siempre un poco, en todo el vino) y Rubén el almace-paellero, que tampoco es inmune al vino no quiere que nos vayamos, si al fin y al cabo por un rato no bebemos solos y afuera debe hacer un frío de escarcha, que los vinos con diez por ciento de descuento. Pero siempre es lo mismo, cuando acabo de saborear la única comida completa de la semana, tomo el vino , y siento que está ahí. Y te saboreo, pero no en las comisuras de tu boca, y veo que estamos solos, tomando en compañía, desespero y me largo. Y afuera el frío es terrible, peor de lo que imaginaba, siempre el frío y la lejanía son peores de lo que uno imagina. Y me voy a caminar, y traje lo que me quedaba en la botella, no le he pedido plata a nadie para comprarlo, y generalmente me siento a beberlo en la intersección de las calles Güemes y De la Rosa. No hay luminarias cerca, y si no hay nubes el cielo se ve estremecedor. Un árbol me recibe con forma de abrazo grande, me ofrece respaldo y me protege de la helada, aunque el viento sigue siendo terrible. Por suerte Antonia, mi casera ya no sabe cuántos ponchos tiene ella, o en definitiva cuantos tengo yo. Generalmente alcanzo a ver entre seis y nueve estrellas fugaces antes de que amanezca . Por cábala, siempre pido el mismo deseo.

Cuando estaba Tito era distinto, cuando estaba Tito aún te sentía en el vino, pero a él le agradabas, y creo que él te habría agradado vos. Tito es un hombrecillo bastante excéntrico cuando uno llega a conocerlo. Es apenas más bajo que yo, aunque pareciera nacido en un gimnasio. A mí me causaba un poco de gracia el aspecto de arquero de metegol que había adoptado su cuerpo, pero sin duda no le importaba lo que yo opinaba cuando en sus viajes llevaba tres veces el peso que yo podía transportar, y sus piernas daban trancadas con más potencia que las mías, por lo que al final de la jornada había llenado por lo menos cinco cajones más que yo, y obviamente su paga era bastante mayor. No

obstante yo también era uno de los que más cobraba, los años de deportes habían dado resultado. Cuando Tito notaba que yo me quedaba sólo, inmediatamente me comenzaba a contar de algún fracaso personal, aunque dudo de la veracidad de esas historias, y lentamente, sumido en una tristeza que trascendía su propio personaje, comenzaba a contarme de algún libro, o álbum de alguna de las bandas que nos gustaban. Todo esto del modo más natural e imperceptible para mí, hasta que yo respondía y mencionaba algún libro o álbum que con suerte él tendría entre su colección, o sabía cómo hablar de alguno hasta despertar en mí el interés necesario. Y nos íbamos a seguir bebiendo en su casa para verlo. Casi siempre me pasaba algún libro que no quería que le devuelva. Probábamos de algún Burbon especial, y siempre de su escocés favorito; mientras escuchábamos al eterno Charly García. Las charlas con Tito eran agradables y largas. Así me enteré que no había ido un solo día de su vida a un gimnasio. Él era de aquí, y quería ser actor por pasión o médico, ya que su madre murió por una angina mal diagnosticada cuando él tenía ocho. Su padre no tuvo más remedio que enviar a su hermanita de tan solo unos meses a vivir con sus tíos en Chivilcoy, y pedirle a su hijo que lo espere en el container adaptado para funcionar como un camarín para los estibadores, todos los días a la salida de la escuela. A los pocos meses Tito ya había ganado la confianza y el cariño tanto de capitanes como de choferes, y sin duda la de los estibadores, por lo que no le dijeron nada cuando una tarde salió del camarín con un canasto al hombro, subió al buque que estaba en zona de descarga, y arrastró con esfuerzo poco más de siete kilogramos de pescado hasta el camión, donde con ayuda del chofer estibó cada ejemplar donde correspondía, y volvió a salir corriendo con el canasto vacío. Al final del día había recibido jugando su primera paga, que era más que grande para un niño de casi nueve años que siempre había tenido sólo lo que su padre viudo le había podido dar. La escena se fue repitiendo día tras día, y aunque todos ganaban un poco menos de plata, ya que el niño retrasaba la fila, a nadie le hacía una diferencia tan significativa como a él, por lo que nadie se quejaba, sin contar los marineros, ellos se quejaban por todo. Me conto una vez, que aun recordaba sus primeros días en el puerto, y cómo un marinero español había gritado "*joder chavales, sacad al crio de ahí, si bota un solo camarón , os juro que le daré un ostiazo al mejor estilo de Merida*". De todas maneras, nadie pudo impedir que a la edad de doce, este bajando la misma cantidad de cajones que cualquier novato de veinti-largos. Su padre murió dos años después en una tormenta que defensa civil anunció con un notable y dudoso retardo, al parecer porque los portuarios no habían pagado las coimas del mes correspondiente. Cuando se encendió la señal de abandonar el puerto, fuertes ráfagas de viento y olas gigantes ya se estrellaban con furia contra los buques. El padre de Tito bajaba recién la segunda carga del día cuando entre el estruendoso crepitar de los barcos, y romper de las olas, no pudo mantener el equilibrio sobre la pasarela mojada, y cayó al agua perdiéndose para siempre. Tito fue hasta el puerto a la salida del colegio, la tormenta había terminado, todos sabían que el llegaría a esa hora. Lo demás fue cuestión de esperar que el

tiempo haga lo suyo. Tito se quedó solo, al parecer nadie notó que tenía sólo catorce años, o que no había nadie más con él. Abandonó el colegio junto con sus sueños de ser actor o médico, y se dedicó a bajar siempre un cajón más que el día anterior, según sus propias palabras. La ecuación que vivió su padre se había invertido, tenía más plata de la que podía gastar ya que su padre le había dejado una casa y un auto, y no tenía con quien compartirla. Una vez viajó a Chivilcoy a buscar a su hermana, pero nadie en el pueblo parecía conocer a su familia.

La partida de Tito me tomó por sorpresa. Al principio, no se me ocurrió pensar que podía ser la última vez que lo viera, estaba más bien distraído por la poética escena que se había gestado afortunadamente frente a mis narices . Fue un día por diciembre, de los mas soleados que he visto desde que estoy aquí, pero aun así usábamos nuestras lanas e impermeables. El sol ya estaba color naranja y a pocos metros sobre el nivel del mar, lejos en el horizonte, hora en que generalmente se encuentra cubierto aunque en lo alto del cielo no pueda observarse una sola nube. La jornada del día anterior había sido miserable, pero parecía que ese día habría más suerte. El tercer buque en entrar a descarga, había regresado con la bodega llena de una impresionante cantidad de langostinos. La mayoría estaban vivos y hacían un ruido de agonía de guerra. Los habían de todos tamaños, algunos mas colorados que otros, algunos aplastados o partidos por la mitad. El piso y nuestras botas estaban cubiertos por una pasta blancuzca y cuando caminabas sentías crujir los restos que caían al piso bajo la suela de goma antideslizante. Yo estaba tomando un descanso porque la noche anterior había dormido terrible, y fui el único que vio aparecer; casi de la nada a ese perro, rubio y embarrado de patas a cabeza. Sin duda era el ser más feliz en kilómetros a la redonda, y eso que los marineros podrían pasar una buena noche en el salón del pueblo, donde todos saben que algo realmente apesta pero a nadie parece importarle. El perro en cuestión iba saltado rítmicamente por las galerías de descarga, y llevaba un buen pescado entre sus colmillos, estaba entero y parecía fresco. Llevaba tan buen tamaño, que realmente sorprendía ver como el animal podía trasladarlo sin tirarlo una sola vez. Probablemente un pescador hubiera podido comer cuatro días a expensas de vender ese solo salmón al lugar indicado. Y el perro se alejaba como bailando, pasando a un metro de todos con su tesoro, y nadie parecía notarlo, hasta que paso muy cerca de Tito que iba cargado con un enorme cajón con relleno naranja brillante, y frenó por un segundo su marcha. Sólo estuvo un segundo quieto, justo al lado de Tito, no movió su cabeza un solo centímetro, y reanudó su marcha . A veces me gusta creer que en realidad el perro sólo actuó de chofer, y el que le dijo algo determinante a Tito fue el salmón, cómo si fuera un mensajero de su padre, o del destino que pudieran para él, ser la misma cosa. Esta hipótesis tiene mucho sentido ya que desde donde yo estaba sentado, veía justo en línea recta el perfil derecho del perro, y unos metros más alejado sobre la misma línea a mi amigo. En las fauces del can, el pez estaba acomodado horizontalmente de modo que todo el tiempo pude

verle el culo (su aleta posterior) y nunca la inexpresiva cara de labios saltones. Con la curiosa pareja a ya casi tres metros del punto de reunión, el niño que aún trabajaba de estibador, arrojó su canasto cargado hasta el tope por los aires, cómo si en vez de ochenta kilos se tratasen de diez, y los casi cuatrocientos ejemplares se separaron en los aires, aun retorciéndose en vuelo triunfal. La caída fue un tanto más dramática, pero Tito ya se estaba alejando en esa dura lluvia de crustáceos.

Al principio pensé que sólo iba en busca del salmón, lo cual me pareció muy extraño, ya que a Tito, no le suponía ningún problema comprar cuanto salmón quisiera cuando lo quisiera . Al otro día me refugié en pensar que tal vez se había enfermado o deseaba descansar, por lo que me abstuve de hacer algún intento por encontrarlo. Cuando el viernes de paella siguiente en el almacén, comencé a ahogarme en las profundidades de un vaso de vino y me dieron ganas de hablarte, pensé que lo mejor sería ir a contárselo a mi único confidente y espectador en kilómetros a la redonda. Esa noche, el cielo estaba densamente nublado, y las nubes tenían una luminiscencia de ultratumba. Caminé durante al menos una hora por la embarrada calle que llevaba hasta la pequeña casa donde Tito había vivido su infancia. La casa era la única al fondo de una enorme finca que nadie explotaba hacía años, eran tierras infértiles sin mucho valor. Los caminos que el auto de Tito había recorrido fielmente durante años, comenzaban a arruinarse tras las precipitaciones de la semana. Llegué a la verja de la casa y entré titubeante. La puerta estaba cerrada, pero la llave de emergencia seguía estando en aquella maceta vacía; a la izquierda de la entrada principal. Antes de entrar insistí reiteradas veces con violentos golpes a la mampara de la galería que nadie respondió. Una vez dentro esperé que mis ojos se acostumbren a la oscuridad, porque no deseaba prender las luces (aunque no había respondido nadie no quería llamar la atención), y noté que la mayoría de los muebles ya no estaban, y los que quedaban no parecían tener valor alguno. No quedaba ni un libro de la magnífica biblioteca, no había un solo álbum de música, ni un solo electrodoméstico. Tito no volvería. Cuando comprendí que no lo volvería a ver me enfadé un poco, por no explicarme lo que estaba pasando. Por ser tan buen actor, por no dejarme hacer por él lo que tantas veces había hecho por mí, por no darme la oportunidad de decirle que lo iba a extrañar. Pero después entendí que esa era tal vez un poco la bronca y la tristeza que debieras haber sentido vos, tal vez cuando a las semanas, o meses de que me fui, aceptaste para tus adentros que esta vez no volvería. Me dio un poco de vergüenza notarlo, y me enfadé aun más. La culpa es canalla. En ese momento entendí que él tampoco sabía por qué se había ido. De pronto reparé en que aun no había revisado la bodega, y me dirigí al sitio de inmediato. En el botellero quedaba una botella de Jack Daniels Old No.7 con apenas una medida doble y un vaso old fashioned, limpio y fajinado esperando boca abajo. Lo serví, y lo vacié de un sólo sorbo. La bebida quemando mi garganta me obligó a apretar los dientes y fruncir el ceño. Pensé en llevarme el hermoso vaso al cuarto pero casi automáticamente descarté la idea y lo dejé con quirúrgica precisión, en el

circulo que se dibujaba en el polvo del estante donde lo había encontrado . Antes de marcharme revisé las alacenas y los roperos. Sólo encontré un poco de pan duro y un paquete de galletas *Club Social* que no demoré ni un instante en abrir y devorar, hacía años no veía una de esas.

Cuando ya estuve en el exterior nuevamente, el sol comenzaba a iluminar el cielo del pueblo. Pude ver recién ahí lo mucho que se había deteriorado el jardín con tan solo una semana de soledad, y tú sabes que siempre me sensibilizaron los jardines bajo la constante evolución del abandono. Cómo sin el arduo trabajo de un jardinero, que elija sabiamente que tallo cortar y que raíz alimentar, las plantas seguían un proceso natural, en el cual la *maleza* podía avanzar con total libertad sobre las orquídeas ya quemadas por el frio. Cualquier *hierba mala* aprovecha los jardines recientemente abandonados para echar raíz profunda, posiblemente tan profunda que nunca pueda arrancarse del todo. La última semana había sido productiva. En mi cuarto, ya estaban pagadas esta y las dos quincenas siguientes. Me senté sobre una roca y sentí como se mojaba mi pantalón. Mientras planeaba terminar de arrancar las orquídeas que aún quedaban vivas para poder darle más vitalidad a los yuyos que intentaban conquistar el cantero, entendí que ya no iría ese día al puerto. Volví adentro, encendí realmente rápido un buen fuego en el majestuoso hogar de la casa y me tendí en un roto catre que estaba en uno de los cuartos. Con mi pulóver ingení una almohada y usé el poncho de alpaca a modo de frazada. Mientras pensaba en raíces de *yerba mala* (*yerba mala-flores buenas*) expandiéndose con furia y velocidad, y arrasando en contra de toda belleza forzada de salón me quedé profundamente dormido. Cuando me desperté, el fuego se había apagado y creí escuchar un ratón vagando por la cocina, no le di importancia. Por la luz que entraba por el ventanal de la sala de estar, deduje que debían ser cerca de las dieciocho horas, y decidí salir al jardín y poner manos a la obra, en el arduo trabajo de ayudar a que las plantas menos agraciadas en términos de apariencia, puedan retomar el jardín que siempre les perteneció. Sin duda sabía que las plantas no necesitaban ningún tipo de ayuda. Que al poco tiempo el patio adoptaría nuevamente su naturaleza salvaje, pero igual siguió usando su energía y en arrancar orquídeas y pisotear violetas, con muchísimo cuidado de no estropear nada de lo que pareciera flora autóctona. Era un trabajo más que nada simbólico, cómo si creyera que le debemos algo a la naturaleza por exponerla y reducirla a nuestros pobres cánones de belleza, o cómo si esas plantas merecieran un premio por luchar sin rendirse a pesar de que todo el mundo pareciese querer lo contrario. Pensé que muchas veces quienes nos rodean pretenden que hagamos con nuestras cabezas y corazones, lo mismo que con nuestros jardines.

Se hizo rápidamente de noche. Bajé al pueblo en busca de algunas provisiones, y volví rápidamente a instalarme en la finca. Cómo parecía que la lluvia volvería a hostigar durante la noche, metí sin mayor cuidado la leña seca que pude recolectar de los cobertizos, y automáticamente encendí un gran fuego. De entre las bolsas del almacén tomé una lata de

lentejas y las calenté en una vieja olla que mi fuego tiznó completamente. Completé la preparación, agregando un cuarto de frasco de liebre ahumada , un poco de puré de tomates y un chorro de vino. Para cuando el momento de comer, el fuego estaba en su máximo esplendor, y la luz amarilla inundaba cada rincón del cuarto. El intento de guiso había superado ampliamente las ya buenas expectativas que supo crear. El vino influyó bastante en las gotas de sudor que ya caían por mi frente por lo que preferí sacarme el pulóver que tenía puesto desde que me levanté para trabajar en el jardín. Cuando lo tuve entre mis piernas, deje de luchar contra mi voluntad y mi mente se instaló en aquella tarde que llegaste, bailando de alegría, disfrutando ese mismo pulóver que habías comprado hacía algunas horas. A decir verdad era bastante paupérrimo, pero que en vos dejaba ver tintes ocultos de musas y vestuarios. No recuerdo bien las artimañas elegidas en ese momento, pero al final del día tu felicidad se redujo a verme vagar por la casa; con aquel trivial pulóver blanco y negro. Mi mente cayó de lleno en las imágenes rebeldes, como mis ojos en aquel solitario y blanquecino pelo. Lo sostuve entre mis dedos, y corroboré que mis sospechas eran fundadas. Media unos tres centímetros de largo y era llamativamente grueso. Se trataba sin dudas de un pelo del cogote de tu gato, que estuve cuidando unos días antes de mi partida, cuando se enfermó y tu madre no lo quería en su casa. Sé que cualquier persona que me hubiera visto en ese momento, cortando el aire caliente y anaranjado con un pelo blanco de apenas tres centímetros de largo, asegurando sin valerme de ningún tipo de examen genético que ese pelo podía pertenecer únicamente al señor Julio, habría afirmado que perdí mi sano juicio. Pero si vos estuvieras, entenderías y estarías tan segura cómo yo de que se trata de un pelo del cogote de Julio. Ay María, si tú estuvieras aquí sería todo tan distinto. Estarías seguramente a mi lado, perdiendo tus ojos en el jugoso fuego, y perdiendo el vino en tu jugosa conciencia, diluyéndolo con frases metafísicas de las que me tranquilizan cuando creo estar muy seguro de algo, ofreciéndome la paz de los pozos y curvaturas de tu cuerpo, donde cabrían perfectamente mis hombros, mis cachetes, la curvatura de mi nariz. Ofreciéndome la comodidad de los pozos y las curvaturas de tu mente, los escondites más seguros donde poder salvar mi ser y salar mi sed. Si tu estuvieras aquí las orquídeas encajarían perfectamente entre la maleza, sin necesidad de jardinero, o redención o rendición . Si tú estuvieras aquí, seguramente también Julián, también Tito y la tía Delia que empezó a coser almohadillas de polar y arroz para el invierno, porque dolores no hay. Y levantaríamos el pelo entre velas, amistades y amores re-usados, y ya no habrían dudas, y sabrías que los dos sabemos que aunque sea real, no puede ser cierto. Que aunque tal vez se vea y se sienta como un pelo del señor Julio, aunque nos miremos y los dos pensemos en mil maneras de probarlo, en mil maneras de llevarme por pasillos ruinosos hasta los escondites más seguros de tu inconsciente, nunca llegaríamos si quiera a salir de mi cabeza y de mis trampas de surealidad (y tu realidad). Y sigo acá encerrado en alguna cámara frigorífica del destino, en total oscuridad, intentando salir, cuando al parecer lo importante debiera haber sido

descubrir en que rincón de mi cabeza, te estabas escondiendo vos, y cómo podría hacer para sacarte sana y salva de allí, o de última cómo vivir entero con una parte de vos partiéndome por la mitad, valiéndote sólo de un pelo de gato y un pulóver de invierno. ¡Ay María!, si tú estuvieras aquí sería todo tan distinto, o tal vez no, tal vez todavía las orquídeas heladas por la mañana, todavía los pocos vasos rotos. Ay María, tal vez contigo aquí, la parra en el frente de mi puerta tampoco estaría podada para el comienzo de la primavera, y la uva ya pasa del año anterior correría los brotes nuevos. Ay María, tal vez aún los muertos y los cajones, tal vez aún los perros y los salmones, y algunas mañanas de sol, y por qué no escribirle alguna carta a algún ser querido que ya no está con nosotros. Tal vez María si estuvieras aquí, otra vez me sentiría ajeno a tu sonrisa (o propio a tu tristeza) y rompería algunas cosas, y me escondería en alguna pieza a miles de kilómetros de distancia, para ver tu sonrisa desde lejos, sonrisa que será al principio lagrima sin explicaciones y con la bronca del que no se escapa, pero que tarde o temprano será sonrisa, será mar y será estrellas, será camarones extra en la paella de los viernes, será las botellas de vino tinto llenas y vacías, será la marca de la copa en el mantel y de las lluvias de junio en la ventana, y la sal del mar y lagrimas de sal, será en canciones, será en silencios, será en los pelos de los gatos, será siempre siempre en mi soledad. Pero por sobre todo será.

Por la mañana, la realidad, el humo nublando toda la casa. El agente de la inmobiliaria acompañado por dos policías, y más explicaciones, y más jaulas.

Ay María, es muy importante que sepas que nunca quise lastimarte pero realmente no quiera perderme. Tal vez ya sea tiempo de dejarte en libertad, de dejarte en plena paz, tal vez sea hora de que te deje dejarme ir, de que te deje olvidarme aunque yo me quede para siempre en vos y en tu recuerdo. Me intento despedir a pesar de mi y del amor que invade a mi amargado ser. Me intento despedir temiendo fracasar una vez más, pero temiendo aun mas tener éxito esta vez. Ay María, te recuerdo con todo mi cariño y todo mi amor. Siempre tuyo.

Felipe.